

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1990

ARCHIVO HISPALENSE

HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA





Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA
Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

ARCHIVO HISPALENSE
BIBLIOTECA
DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 25 - 1958 I.S.S.N. 0210 - 4067

Impreso en Artes Gráficas Padura, S.A. - Luis Montoto, 140 - SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACION CUATRIMESTRAL

2ª EPOCA
AÑO 1990



TOMO LXXIII
NÚM. 222

SEVILLA, 1990

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2ª ÉPOCA

1990

ENERO-MARZO

Número 222

DIRECTORA: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ÁNGEL PINO MENCHEN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ISABEL POZUELO MEÑO

FRANCISCO MORALES PADRÓN

OCTAVIO GIL MUNILLA

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M.^a DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

JUANA GIL BERMEJO

ANTONIO MIGUEL BERNAL

CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1

TELÉFONO 422 28 70 - EXT. 213 y 422 87 31

41071 SEVILLA (ESPAÑA)

SUMARIO

ARTICULOS

Páginas

HISTORIA

- CANO PAVON, José M.: *La personalidad científica de Manuel María del Mármol y su contribución a la introducción de la ciencia moderna en Sevilla* 3
- JIMENEZ LOPEZ, Reyes: *Evolución económica del hospital del Amor de Dios (Sevilla)* 17
- RIVAS ALVAREZ, José Antonio: *Epitafios sevillanos del siglo XVIII* 47
- VIÑA BRITO, Ana: *Morón de la Frontera, señorío de los condes de Ureña* 75
- KRAUEL HEREDIA, Blanca: «*El último refugio de las libertades españolas*». *Testimonios ingleses sobre Andalucía en 1809* 95

LITERATURA

- LAURENTI, Joseph L.: *Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566): Fondos raros de tema americanista (siglos XVI y XVII) localizados* 129

ARTE

- QUILES GARCIA, Fernando: *La custodia de Santa María de la Mesa de Utrera y sus autores* 155
- VILELA GALLEGO, Pilar: *San Bartolomé de Sevilla* 173

BAENA GALLE, José Manuel: <i>Dibujos arquitectónicos del siglo XVII. Una propuesta de atribución</i>	185
MORENO ORTEGA, Rosario: <i>El retablo de Jesús Nazareno de Osuna. Aportación a la obra de Pedro Rol-dán «El Mozo»</i>	191
FERNANDEZ MARTIN, M. ^a Mercedes: <i>Aportaciones a la obra de los arquitectos José Alvarez y Antonio M. de Figueroa</i>	199

MISCELANEA

PLEGUEZUELO HERNANDEZ, Alfonso: <i>Nuevos datos biográficos sobre el pintor Ignacio de Rís</i>	207
GALINDO SAN MIGUEL, Natividad: <i>Una obra olvidada de Antonio Palomino en Sevilla</i>	213

LIBROS

Temas sevillanos en la prensa local	219
---	-----

Crítica de libros

CALVO POYATO, José: <i>La Guerra de Sucesión. Antonio Cruz Casado</i>	231
SOLIS DE LOS SANTOS, José: <i>Sátiras de Filelfo (Biblioteca Colombina, 7-1-13. Klaus Wagner</i>	232
<i>Catalogue of books printed in Spain and spanish books printed elsewhere in europe bifore 1601 now in the British Library. Klaus Wagner</i>	233
RIOS SANTOS, A.R.: <i>Vida y poesía de Félix José Reino-so. Juan Rey Fuentes</i>	234
BARRIOS AGUILERA, Manuel: <i>Libro de los repartimen-tos de Loja. Manuel González Jiménez</i>	237

EPITAFIOS SEVILLANOS DEL SIGLO XVIII

Monumentos a la memoria heridos de olvido, vanidades del mármol soberbiamente humilladas, caligrafía sobre piedra que un caminante de otro siglo se detiene a leer, lejos de la entrada del templo, ajeno al murmullo de los cirios. Pero también testigos, señales, avisos, si el lector quiere ser atento. Hablo, claro está, de los epitafios.

Resulta obvio que, interesado por las conductas y los modos, eso que, tal vez con demasiada profusión y apresuramiento, damos en llamar mentalidades, el mensaje que los hombres quieren dejar a los hombres tiene para mí un gran atractivo. Y no tanto en lo que de singular, poético o dramático arrojan los textos sino, por el contrario, en cuanto que, como cualquier otro intento de comunicación, se ven interferidos —en ocasiones hasta plegarse por completo— por un código previamente aceptado por la masa social. Es precisamente formando parte del ritual de la muerte, convertido casi en un subgénero literario, ahí, en su enfangamiento en el tópico, donde el historiador quizá pueda sorprender toda una serie de motivos recurrentes explotados aún de manera muy sumaria.

La tarea de algunos cronistas de la ciudad como Arana de Varflora y, más que nadie, Justino Matute merece ser subrayada en nuestro propósito (1), particularmente los tres tomos en que este último se extiende acerca de la vida sevillana durante el Setecientos. En ellos, las agonías modélicas, los óbitos ejemplares, los funerales excelsos, las lápidas laudatorias, la disgresión fúnebre, en suma, cobra tal dimensión que muy bien pudiéramos considerarla como el otro eje del discurso junto con la ordenación cronológica de los acontecimientos. Cosa de agradecer, porque semejantes cronicones, sa-

(1) Los 52 epitafios analizados se extrajeron de ZUÑIGA, Lorenzo Baptista de: *Anales de la ciudad de Sevilla (1671-1746)*. Sevilla, 1748; ARANA DE VARFLORA, Fermín: *Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes o dignidad*. Sevilla, 1971; MATUTE Y GAVI-RA, Justino: *Anales eclesiásticos y seculares de la M.N. y M.L. Ciudad de Sevilla*. Sevilla, 1887; y, del mismo autor: *Hijos de Sevilla, señalados en santidad, letras, armas, artes o dignidad*. Sevilla, 1886.

brosos por su aderezo anecdótico, resultan insustituibles para quienes como yo, haciendo de su capa un sayo, aspiramos a intuir, más que interpretar, la dirección de los gestos, los vericuetos de la práctica religiosa de la muerte. La ingrata labor de la copia de epitafios que Matute, sobre todo, lleva a cabo nos permite restituir a la realidad unos documentos sepultados o destruidos por las generaciones a quienes iban destinados.

1. VALORACION DE LA FUENTE. PRECISIONES SOBRE LA MUESTRA

El interés del estudioso de las actitudes ante la muerte por los epitafios no es nuevo fuera de nuestro país. Quien desee una breve pero interesante reseña del fenómeno de la epigrafía funeraria encontrará muy útiles las páginas en que Ariés traza su desarrollo desde la época paleocristiana hasta la edad contemporánea (2).

Básicamente se describen cuatro momentos: uno primero de casi total extinción durante la Alta Edad Media; un segundo, que abarcaría desde el siglo XII hasta el XV, en el que renace la tradición y se procede a investirla de sus rasgos constitutivos (identidad del fallecido, función, elogio ocasional, fecha de la muerte, ruego de plegaria al caminante); un tercero, coincidente grosso modo con la Edad Moderna, en el que la base social, todavía muy estrecha, se amplía desde la aristocracia y el clero hasta la burguesía, a la vez que aumenta la extensión del epitafio y se hace más compleja y distintiva la redacción que, a veces, escapa al predominio abrumador del latín; y un cuarto, en la Edad Contemporánea, en el que convergen varios fenómenos como la sustitución del templo por el cementerio, el abandono casi completo del latín, la individualización y universalización de la tumba, el arrinconamiento del más allá, la proscripción de la muerte.

Sobra decir que tal periodización está basada en el caso francés fundamentalmente. No obstante, y a pesar de que desconocemos la existencia de estudios similares centrados en España, no creemos que la tendencia general varíe en exceso. Trabajos de este tipo cuentan siempre, desde luego, con un obstáculo insalvable: la desaparición masiva de la fuente. El establecimiento de cementerios hizo que los templos se solaran en el siglo XIX. La profilaxis y el cambio de mentalidad nos privan de disponer hoy de millares de lápidas susceptibles de seriación. Sólo las de ciertos personajes que poseían capilla o enterramiento propio se han salvado y esto en contadas excepciones. De tal modo que el modelo de análisis de que podemos echar mano es el confeccionado por Vovelle para tratar la colección de epitafios realizados en la trece colonias que, insospechadamente crecidas, se han convertido en los Estados Unidos de América (3) Thomas Alden, un clérigo aficionado a las anti-

(2) ARIÉS, Philippe: *El hombre ante la muerte*. Madrid, 1983, esp. págs. 175-196 y 287-293.

(3) VOVELLE, Michel: *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*. Paris, 1983, págs. 425-431.

güedades, anotó setecientas cincuenta inscripciones sepulcrales que se extienden desde mediados del siglo XVII hasta comienzos del XIX. La encuesta pasada por Vovelle a este importante número de epitafios nos servirá de fundamento para abordar los apuntados por los recompiladores sevillanos. La considero bien trazada en lo esencial aunque determinadas cuestiones no casen con la realidad sevillana del siglo XVIII. Estos desajustes no son imputables al espíritu de las preguntas sino a la disparidad de las respuestas, lógica resultante de fuerzas tan diferentes como la protestante y «abierta» sociedad colonial norteamericana y la católica y «cerrada» sociedad hispalense. El epitafio es allí corolario del individualismo y aquí más bien un derecho a la perpetuidad de ciertos grupos. Responde más en las colonias al humano deseo de permanecer en el recuerdo y en Sevilla a la entronización que la ciudad cree deber a individuos muy significados del clero o la nobleza, no tanto por sus méritos personales cuanto que representantes de una estirpe, de un grupo social, de una institución.

Los propios anotadores no escapan al entorno mental en el que viven, de ahí que Alden copie indiscriminadamente mientras que Matute, Arana o Zúñiga son más selectivos. Aquél acude a la fuente con afán recompilador, éstos llevados del deseo de rendir justicia a los elegidos de la patria.

En total he localizado cincuenta y dos epitafios realizados en Sevilla y referidos al siglo XVIII. El período observado, más pequeño, la base social del fenómeno, más estrecha, y el propósito de los cronistas, más específico, se superponen, haciendo que el volumen de inscripciones sea sensiblemente inferior al que manejó Vovelle y, por supuesto, al que me gustaría manejar a mí. El presente artículo no aspira, pues, a establecer resultados representativos, al menos en el sentido que habitualmente se confiere al término.

Es absurdo acudir a ciertas fuentes desde ciertos presupuestos. Cualquier historiador debe conocer las limitaciones de su empeño y aceptarlas. Lo contrario conduciría a la esterilidad o al positivismo, tentaciones ambas de las que me encuentro alejado. Justipreciar el resultado sin anegarlo de representatividad o de nihilismo, no sobrevalorar el esfuerzo ni tacharlo de baldío. Las reflexiones que se verterán en páginas sucesivas son, pues, puramente personales, posiblemente indicativas y, en alguna medida, correctas en lo que toca a la élite católica y privilegiada de una ciudad concreta, Sevilla, en un momento, el siglo XVIII, por el que me hallo especialmente atraído.

En el tratamiento de los datos he adoptado dos perspectivas: una global, que permite significar las variables dentro del conjunto, y otra temporal, con la intención de observar la evolución de algunos aspectos a lo largo del siglo. Esta última cuestión, pretenciosa pero ineludible (soy consciente de que el volumen documental no permite demasiados seguimientos diacrónicos), se aborda repartiendo las inscripciones en tres períodos: 1701-1733, 1734-1766 y 1767-1799.

2. CARACTERIZACION DE LOS EPITAFIOS

Los cincuenta y dos epitafios estudiados corresponden a cincuenta y cinco personas diferentes, ya que cuatro de ellos cubren la tumba de dos personas unidas por algún lazo familiar; en cambio, para el arzobispo Llanes contamos con dos epitafios, uno colocado realmente y otro que nunca llegó a ubicarse sobre la tumba pero que tendremos en cuenta por parecernos tan del siglo como el que realmente se utilizó.

La proporción de epitafios compartidos (7,69%) no parece significativa, habida cuenta que durante el A. Régimen la tumba familiar, sin llegar a ser un lugar común, era una costumbre relativamente aceptada. Me refiero, claro está, al segmento de población que nos ocupa, que puede permitirse enterramientos en «propiedad».

Nos encontramos ante la minoría selecta del rebaño. Incluso en el supuesto de que los epitafios no fuesen elocuentes en este punto, que lo son, sabemos por Matute el emplazamiento bastante pormenorizado de la mayoría de las tumbas. Las cifras del Cuadro 1 hablan por sí solas.

Cuadro 1

EMPLAZAMIENTO DE LOS EPITAFIOS EN LOS ANALES DE MATUTE

	1700-1733	1734-1766	1767-1799	TOTAL
Catedral	9	8	4	21
Sagrario	3	0	1	4
Conventos	5	6	1	12
Salvador	0	0	1	1
San Vicente	0	1	1	2
Otras parroquias	0	0	1	1
Toribios	0	0	1	1

La mayoría se entierran en la Catedral o en el altar mayor del Sagrario, espacios más que reservados a los mortales comunes. Y casi la otra mitad elige conventos de prestigio o instituciones tan señaladas como el Hospital de la Caridad o Los Toribios. Para la mejor comprensión de estos datos quizá convenga recordar que el destino de la mayoría de los difuntos durante más de mil años no ha sido otro que el osario del camposanto parroquial. Una minoría pudo previamente «secarse» en las bóvedas de alguna cofradía. Los más engrosaban directamente las nutridas filas del anonimato compartido de la fosa común y la cal viva.

No es necesario, sin embargo, acudir a extrapolaciones. Los epigramas funerarios contienen, más en estos casos, información suficiente acerca del morador de la tumba. El caminante que se para a deletrearlos no precisa

(salvo en lo que toca al idioma) de ayudas. El enlosado de las iglesias importantes se convertía así en una especie de guía que orientaba a propios y extraños sobre la «jet set» de cada ciudad, una rayuela pintoresca donde tierra, cielo y suelo confundían sus planos, donde los más altos títulos se ponían a los pies del más harapiento de los mendigos, recordándole que no somos nada, a la vez que excitando secretamente su deseo de ser una nada tan ostentosa.

El predominio de los estamentos privilegiados es abrumador y, dentro de éstos, el del alto clero, pues si exceptuamos seis frailes que, por la santidad de su vida, merecieron el honor de ser recordados, prácticamente el 80% de los fallecidos son provinciales, canónigos, altos cargos del cabildo catedralicio o la misma cúspide de la jerarquía eclesial, como obispos y arzobispos.

Por otra parte, la imbricación alto clero-nobleza es tan harto sabida que ahorra cualquier atención a las minúsculas variaciones porcentuales que pudieran recibirse en una tabulación minuciosa de los datos. En realidad, la aristocracia de la sangre impregna de azul todo el recuento y sólo asoman como islillas en medio del océano algunos casos singulares por su vida de santidad. Únicamente el mérito religioso consigue colocar su pica en el flandes de la administración eclesiástica o del ascendiente familiar que lo anega todo.

Globalmente consideradas, es decir, sin tener en cuenta si son individuales o conjuntas, las cincuenta y seis personas (hay una repetición) a las que aluden las lápidas son varones en el 89,29% de los casos, mientras las mujeres representan sólo el 10,71% restante. Esta vinculación a lo masculino, más que presumible en la sociedad de la época y, sobre todo, en su élite, se acentúa, si cabe, al concentrarnos en las losas unipersonales. En este supuesto la proporción de varones es del 91,67%. No hay sorpresa, pues, en este punto sino corroboración de esquemas predecibles y poco que comentar a no ser que deseáramos extendernos sobre tópicos demasiado degustados.

La consignación del dato de la edad por más del sesenta por ciento de las personas parece avalar la hipótesis de una cierta preocupación por el tiempo de la vida, insignificante después de todo si se le compara con el vértigo de la eternidad.

El escaso número de epitafios femeninos impide que efectuemos demasiados comentarios, aunque parece deducirse un interés mayor en este punto por lo que toca a los hombres que a las mujeres. Lo exiguo de las cifras aconseja, de todos modos, una discreta prudencia.

No quisiera, sin embargo, dejar de lado un hecho significativo. Algunos epitafios proporcionan información adicional acerca de la edad con que murieron sus titulares. Concretamente, cuatro en el primer período, uno en el segundo y otros tres en el tercero; ocho en total a lo largo del siglo; ocho losas que corresponde (¿casualidad?) a cuatro canónigos y un deán catedralicios, un canónigo del Salvador, un obispo y un arzobispo.

Cuadro 2

LA EDAD DE LOS FALLECIDOS: PRESENCIA DEL DATO				
	1700-1733	1734-1766	1767-1799	Total siglo
Varones ...	18 (75,00%)	9 (60,00%)	9 (81,82%)	36 (72,00%)
Hembras ...	2 (100,00%)	1 (50,00%)	—	3 (50,00%)
Total	20 (76,92%)	10 (58,82%)	9 (69,23%)	39 (69,64%)

Esta información complementaria tampoco es siempre precisa. Por el contrario, a veces se limita a señalar que murió de «casi» o de «más de» tantos años. Realmente, sólo dos epitafios en el primer corte y tres en el último abordan la cuestión de la edad del fallecido, señalando no sólo los años sino también los meses y los días de vida del titular: cinco epitafios en todo el siglo que parecen sugerir un incremento de la preocupación a finales de la centuria en que corresponden al 25% de las lápidas.

Cuadro 3

LA EDAD DE LOS FALLECIDOS: AGRUPACION POR DECENAS				
	1700-1733	1734-1766	1767-1799	Total siglo
Hasta 40 ..	0	0	0	0
41-50	8 (40,00%)	0	0	8 (21,05%)
51-60	3 (15,00%)	3 (30,00%)	2 (25,00%)	8 (21,05%)
61-70	5 (25,00%)	2 (20,00%)	1 (12,50%)	8 (21,05%)
71-80	3 (15,00%)	4 (40,00%)	3 (37,50%)	10 (26,32%)
81-90	1 (05,00%)	1 (10,00%)	2 (25,00%)	4 (10,53%)

N.B.: Se han considerado las 38 personas diferentes de las que consta el dato con exactitud.

Tanto el cuadro 3, donde el fenómeno es palpable, como el promedio de las edades conocidas revelan un progresivo «envejecimiento de la población». Tales promedios indican que la edad media de los fallecidos en el primer tercio de siglo era de 59,55 años, promedio que sube hasta 66,40 años en el período central y, de nuevo, hasta 71,25 años en el tramo final del setecientos. No se efectúa diferenciación sexual dado el poco relieve de las cifras femeninas que en poco alterarían la lectura general. Se ha sometido a análisis a las lápidas que corresponden a los años 1709-1710 por ver si la epidemia pudiese contribuir a ese bajo promedio pero no parece existir correlación alguna. Podría, pues, concluirse que los datos conectan más bien con la tendencia al alza de la esperanza de vida al nacer, especialmente beneficiosa para los grupos sociales entre los que nos movemos.

Por lo que se refiere a la fecha de nacimiento, su ausencia es prácticamente total. Un familiar del Santo Oficio que muere en 1704 (4) merece que el

(4) MATUTE, Justino: *Hijos de Sevilla...*, op. cit., pág. 272.

glosista señale su día de nacimiento. Claro que por razones astrológicas más que de otro tipo: coincidió con el de su óbito. El círculo se cierra. Aparte de él, sólo un epitafio más, el de la V.M. Sor Josefa Manuela de Palafox, fundadora del convento de las capuchinas y personaje de singular relieve en la vida sevillana de los primeros años del siglo (5).

Resulta evidente que los analistas han elegido para reproducir sus epitafios a personas cuya vinculación con Sevilla queda fuera de toda duda. Sin embargo, era interesante comprobar en qué medida el lugar de nacimiento preocupaba a las gentes de aquel siglo y si era normal la aparición del dato como detalle a tener en cuenta a la hora de trazar sucintamente la biografía del difunto. ¿Hasta qué punto los sevillanos se sentían orgullosos de serlo?

Lo primero que parece desprenderse de los epitafios del siglo XVIII es que no era sustancial para la biografía de un individuo el lugar de nacimiento. La presencia del dato alcanza al 36,00%, al 40,00% y al 16,67% de las lápidas, según sea el período escogido. Conocemos por los testamentos (6) que la naturaleza no se consignaba con la frecuencia de hoy, aunque la evolución de las cifras habla de una importancia cada vez mayor. No es, por ello, extraña la ausencia de información en este punto de muchas losas. En todo caso lo sorprendente puede ser la trayectoria del dato que, por otra parte, y adelanto conclusiones, no se separa demasiado del comportamiento de otras variables. De todos modos, el individuo se integra en la comunidad por cauces diferentes a los actuales. En infinidad de ocasiones una persona no se desplaza de su patria en toda su vida. La ciudad se convierte así en un universo casi completo para sus moradores, un universo en el que hay suficientes símbolos de identificación que hacen innecesarios a los integrantes de la élite mayores esfuerzos. No obstante, me gustaría someter a la consideración del lector el hecho de que mientras en las losas de comienzos del siglo un 24% declara a Sevilla como su patria, porcentaje que se mantiene (26,67%) en el tramo central de la centuria, no hay ni una sola persona del último tercio del siglo que manifieste su condición de sevillano. ¿Actitud general y no sólo de Sevilla? ¿Azar? ¿O podría sostenerse lícitamente que, al menos entre los estamentos privilegiados, existe la conciencia de que su patria no es ya lo que era?

Teniendo en cuenta el emplazamiento de los epitafios, los destinatarios de los mismos y los autores que, aunque desconocidos en su mayoría, son perfectamente ubicables dentro del clero, no juzgamos un despropósito que la mayoría se redacten en latín. En efecto, su predominio es claro aunque no lo abrumador que podría imaginarse. Idioma eclesiástico y culto, el latín sufre —también él— el embate de los tiempos, iniciando ya en siglo XVIII

(5) MATUTE, Justino: *Anales...*, op. cit., II, págs. 187-188.

(6) RIVAS, José Ant.: *Miedo y piedad: testamentos sevillanos del siglo XVIII*. Sevilla, 1986, esp. págs. 35, 57-58 y 78-79.

un declive paulatino que continúa en nuestros días si algún ministro no lo remedia y no parece que sea el caso. Acerca de la conveniencia de enseñar en castellano y de apartar al clero, al menos parcialmente, de las cátedras, se alzan opiniones muy respetables en el setecientos. Este punto de vista debió alcanzar a sectores cada vez más amplios dentro del propio orden eclesiástico. Consecuencia de ello, quizá, sea el uso del castellano para la redacción de estas alabanzas fúnebres en no pocos casos. Aunque no cabe desechar —vanitas vanitatis— un deseo legítimo de permanecer en el recuerdo de todos y no sólo en el de los que saben latín. El carácter didáctico del propio epitafio, que se ofrece al caminante, como veremos, a modo de «escuela de la mortalidad» ofrecía buenos argumentos a quien lo encargase en castellano.

Sea como fuere, los datos sugieren desde luego este avance constante del castellano frente al latín: entre 1700 y 1733, se emplea en un 36,00% de los casos; entre 1734 y 1766, la proporción es algo superior, el 40,00%; en el último corte el porcentaje sigue subiendo hasta alcanzar el 50 por ciento.

La lápida parlanchina encaja por demás en la filosofía de los ejercicios de composición de lugar ignacianos y no ignoramos la autoría jesuítica de algunas de ellas. Sin embargo, si aplicásemos las actuales teorías acerca de los mass media al lenguaje de los epigramas funerarios, tendríamos que calificarlos como pésimos. Al obstáculo del idioma habríamos de añadir el de su desproporcionada extensión. Es cierto que si hiciéramos tales paralelismos incurriríamos en una absoluta falta de perspectiva histórica pero tampoco está de sobra decir en nuestro favor que hasta el propio Matute califica ciertos textos de «prolijos e hinchados». Los hay que sostienen que toda sociedad tiende a confundir valor y precio y, así, es posible que se asociase tamaño del monumento, materiales empleados y número de renglones cincelados con importancia, mérito y virtudes del fallecido. Quién sabe si, después de todo, los excesos verbales poco importan cuando el verdadero mensaje está en otra parte. Debemos considerar, por último, que estas inscripciones no son lo normal, ya que representan el último homenaje de la familia y de la institución correspondiente a una persona que se sale de lo común, de ahí que posiblemente haya que comprender en su justa medida el desbordamiento.

Nos hubiese gustado disponer de copias que respetasen la extensión original de los renglones. Esto es excepcional. Por ello hemos optado por contar el número de palabras del texto, excluyendo las invocaciones inicial y final ya que no todos las poseen. El método es harto discutible pero confío en que resulte indicativo. Los promedios para cada período son 96, 104 y 63 palabras por epitafio, lo que revela una curva en pico un tanto chocante aunque no del todo absurda. Tengo la impresión de que los años centrales del siglo representan en Sevilla y con probabilidad en el resto de España el cénit de las formas de expresión barroca, observándose en los años siguientes una

reacción que tiende a la suavización de estas manifestaciones extremas que, fruto de la crítica ilustrada, parecen cada vez más desvarío y expresión de mal gusto.

Habría que añadir aún un detalle. El descenso en la extensión de las inscripciones coincide con el incremento de las que se redactan en castellano. Así, es necesario tener en cuenta que mientras en el primer período las lápidas en latín o en castellano marchan cercanas en cuanto a su extensión (103 palabras las escritas en castellano, 92 palabras las latinas), el segundo corte pone de relieve una diferencia sustancial (84 palabras las castellanas, 117 las latinas) que se mantiene aminorada en el último (51 las castellanas, 74 las latinas). Lógicamente el aumento porcentual de los epitafios que suelen ser menores en extensión tira del promedio general hacia la baja.

La generalización del fenómeno se visualiza mejor si se advierte que, en los dos primeros tercios del siglo, aproximadamente la tercera parte de los epitafios tienen más de 110 palabras, mientras en el último tramo no existe ni un solo caso que supere esa barrera, siendo más de la mitad menores de 70 palabras.

¿Podría concluirse que a medida que el epitafio se destina a un público mayor se hace más breve? ¿O se trata, más bien, de otro paso hacia el adoctrinamiento, fruto de la pérdida progresiva de interés por todo lo relacionado con la muerte? Veremos más adelante que no sólo disminuye su extensión sino también lo que podría calificarse como su intensidad dramática.

3. EL EPITAFIO COMO EXPRESION DE RELIGIOSIDAD

Hemos analizado hasta ahora las inscripciones funerarias desde el punto de vista de sus características más externas y generales. Hora es ya de que abordemos otros aspectos más profundos y, por tanto, más interesantes a la par que esquivos. Es lugar común que, sobre todo, a raíz de Trento el esfuerzo de la Iglesia católica por enriquecer, dignificar y enaltecer todo aquello que significase la exaltación de la fe verdadera se centró muy significativamente en la escenificación vívida de los misterios. Basta a este propósito acudir a cualquier manual de predicación para ver con cuanto detalle se aborda la puesta en escena de los sermones. También la preparación para la muerte, eje central de buena parte del discurso eclesiástico, se adentra en ocasiones en la panoplia de la teatralidad. Don Mateo Vázquez de Leca, canónigo hispalense y arcediano de Ecija, tenía preparado su ataúd desde muchos años antes de su fallecimiento, ataúd «en que se había hecho pintar» (7). No es de extrañar, pues, que algunos dicten su epitafio en vida y preparen su tumba

(7) ARANA DE VALFLORA, Fermín: *Hijos de Sevilla...*, op. cit., IV. pág. 28.

años antes de su presumible muerte. Así lo hizo por ejemplo algún arzobispo de Sevilla durante el siglo XVIII (8), como luego veremos.

a) *Las invocaciones inicial y final*

Dentro del esquema clásico del epitafio se contemplan dos invocaciones, una al comienzo y otra al final del mismo, a modo de puertas que abren y cierran un espacio sagrado. Esta costumbre, que viene de antiguo, se mantiene aún vigente aunque parcialmente modificada. Por lo común, la inicial refiere el carácter sacro del monumento a la vez que, por ello, defiende la tumba de cualquier eventual profanación. La final expresa, en cambio, el deseo social de que el difunto goce del descanso eterno, fórmula que recuerda el temor ancestral al regreso de los muertos. La romana «que la tierra te sea leve» se cristianiza, transmutándose en el «resquiescat», anhelo de bienestar para el difunto al tiempo que exorcismo.

Nos hallamos lejos, sin embargo, de una aceptación más o menos completa. Así, mientras la dedicación inicial aparece en el 61,54% de los epitafios, la final permanece en el nivel del 42,31% de los casos. La presencia de ambas afecta sólo al 34,62%, mientras la ausencia de las dos está establecida en el 28,85%. Dicho de otro modo, no existe una regla fija aunque parece deducirse que lo que más se acerca a lo normal es que se incluyan ambas o, en su defecto, la inicial. La evolución de las cifras indica que el modelo completo (con las dos invocaciones) gana ligeras posiciones en el tramo final del siglo.

Esta tendencia a la uniformidad se detecta también en los tipos de invocación preferidos. En el último tercio del XVIII, las fórmulas D.O.M.S. (Consagrado a Dios Optimo Máximo) o D.O.M. (A Dios Optimo Máximo), su variante abreviada, suponen entre ambas el 85,71% de las consignadas. De manera que partiendo de una sólida posición, que mantiene durante los cien años, la invocación de Dios con los atributos de Júpiter alcanza, a finales del siglo, tintes de consagración definitiva y casi monopolística, de producción en serie.

Con menos intensidad, puesto que la diversificación de fórmulas es aquí menor durante todo el setecientos, la marcha hacia el tópicos es también visible en la invocación final. Sin embargo, el triunfo del R.I.P.A. o del R.I.P. (100% de las lápidas en que se graba la invocación de cierre en el tercio último), incontestable y definitivo, obliga a una pequeña glosa.

En efecto, a pesar de que el «descanse en paz» siempre fue la conclusión preferida, hay otros epitafios que alargan esta expresión de deseo. La cuestión no se zanja, a mi juicio, trayendo a colación criterios de economía en el lenguaje. Se suprimen palabras, pero ¿son palabras sin importancia? En

(8) En 1712 el arzobispo Arias labra su sepulcro en el que coloca una losa que dice: «Don Manuel Arias, Arzobispo de Sevilla, Caballero de Jerusalén, puso viviendo esta losa para aguardar debajo de ella, luego de su muerte, la resurrección de la carne». Matute, J.: *Anales...*, op. cit. I, págs. 97-98.

el primer corte, 1700-1733, aparece por dos veces como invocación final la abreviatura R.Æ.D.E.D.A. (Dale Señor descanso eterno, amen) y, en el segundo tramo, 1734-1766, una expresión aún más larga —que el propio Mautte traduce, lo que me hace pensar en su rareza ya en tiempos del analista— da fin a uno de los epitafios: RÆDEDELPLERIPA (Dale Señor descanso eterno y alúmbrele la luz perpetua. Descanse en paz, amen). Se trata de las palabras que el sacerdote repite durante el rito de la inhumación y con las que concluye. En ambas invocaciones el deseo es acompañado del ruego a Dios: es él quien tiene en su mano conceder o no el descanso eterno, mientras que en los simples RIP o RIPA la expresión cae en el vacío, no se dirige a nadie. ¿La suerte está echada, todo terminó? No creo que haya que llevar las cosas tan lejos. Quizá la confianza de la misericordia divina invalide tanta preocupación por una simple cuestión de palabras. En la actualidad el D.E.P. de los cementerios no puede traducirse por «descreimiento» o indiferencia en términos absolutos. Tal vez lo que en realidad hoy representa es un lugar común dentro de la industria de fabricación de lápidas pero ¿hemos de pensar que estas variaciones tampoco significaban nada entonces? ¿No es más lógico creer que ha sido la repetición lo que ha desprovisto de contenido algo que antes lo tenía?

b) *Escuela de mortalidad*

b1. *La intención didáctica*

Todo lo que rodea a la muerte en la Edad Moderna está cargado, las más de las veces, de una clara intencionalidad pedagógica. Al constituirse la muerte en el centro del discurso religioso, cualquiera de sus ritos estuvo sujeto a importantes codificaciones fruto del deseo de que el ejemplo moviera a gestos, por emplear la jerga del momento. Con la muerte en los entresijos de la vida, no es de extrañar que cada uno de los elementos tradicionales de la buena muerte (meditación, penitencia, testamento, elección de sepultura, agonía alentadora, composición del propio epitafio, mediación de la Virgen...) sean aprovechados, individual o colectivamente, en las inscripciones sepulcrales para conmover la conciencia del lector tanto como para justificar el recto proceder del difunto.

En ocasiones el epitafio no se recata en plasmar esa intención y es posible transitar renglones como «aprende el arte de vivir bien», etc. Incluso, a veces, nos invita a propagar las enseñanzas que imparte: «con verdad dirás lo que aquí te enseño».

En esta escuela de la mortalidad, como se autocalifica uno de ellos, cualquier recurso didáctico es lícito. Desde plantear el texto como un manual de virtudes que, en tono «neutro» y en tercera persona, se ofrece a manera de modelo para el piadoso lector, rogándole unas oraciones, hasta concebir la inscripción como un monólogo efectista que trata de subyugar al caminante

(«fallecí. Eres mortal...»). Todo vale. Y al decirlo recordamos uno característico que, especie de catecismo, aborda al paseante y le informa mediante preguntas y respuestas (9).

He recogido en un cuadro, agrupándolas temáticamente, todas aquellas expresiones, directas o alusivas, que interpreto tienen algo que ver con este deseo, consciente o inconsciente, de servir el epitafio como paradigma ante la muerte. Creo que el resultado es ilustrativo acerca de si tal concepción aleccionadora pudo verse alterada o no a lo largo del siglo.

A mi juicio, y dentro siempre de los volúmenes ciertamente insignificantes que manejamos, parece ponerse de relieve una brusca desaparición de los aspectos formales y directos que pretendían la comunicación con el caminante. Da la impresión de que el epitafio enmudese, se abotarga, pierde «vida». Es como si hubiese empezado entonces a ser lo que es hoy, silencioso recordatorio, estela conmemorativa, tipificada y uniforme, que cubre, obstinadamente igual a sí mismo, al joven y al anciano, al santo y al pecador, al héroe y al infame.

Hemos de unir a ello la pérdida de rastro acerca de las disposiciones en torno a la muerte. No es ya que no se declare expresamente la voluntad aleccionadora o que se olvide el diálogo con el paseante: En el último tercio de siglo no existe ni una sola mención alusiva a la Extremaunción, la redacción del testamento, la elección de sepultura, la colocación en vida de la losa o la antigua preparación del difunto para morir.

Cuadro 4
EL EPITAFIO COMO LECCION

	1700-1733	1734-1766	1767-1799	Total siglo
Compuso su epitafio	3 (12,00%)	1 (06,67%)	1 (08,33%)	5 (09,62%)
Hizo testamento	1 (04,00%)	—	—	1 (01,92%)
Eligió sepultura	1 (04,00%)	2 (13,33%)	—	3 (05,77%)
Puso losa viviendo	1 (04,00%)	—	—	1 (01,92%)
Preparado para morir	1 (04,00%)	—	—	1 (01,92%)
Extremaunción	2 (08,00%)	—	—	2 (03,85%)
Didactismo	3 (12,00%)	3 (20,00%)	1 (08,33%)	7 (13,46%)
Diálogo caminante	3 (12,00%)	3 (20,00%)	—	6 (11,54%)
1ª persona	—	1 (06,67%)	—	1 (01,92%)
Preg./Resp.	—	1 (06,67%)	—	1 (01,92%)

El epitafio, concebido como artificio contra las vanidades, como corona del edificio teórico sobre la muerte, camina a su extinción, preso como tantas otras cosas de los males del siglo.

(9) MATUTE, Justino: *Anales...*, op. cit., II, págs. 27-28.

b2. De la caridad y otros remedios

Amén de la preparación para la muerte un cristiano dispone de otros medios con que afrontar a la «vieja señora». Me refiero, claro está, al poder de mediación ante el Juez Supremo que tienen manifestaciones como la misa, la devoción por los santos o la Virgen (abogados intercesores), las oraciones de los fieles y la caridad. Remedios extremos pero eficaces si hacemos caso a la prédica eclesial.

No son los epitafios fuente que permita estudiar estos aspectos, reservados más adecuadamente a los testamentos. Sin embargo, nos parece conveniente llevar a cabo un seguimiento de las menciones, lógicamente escasas, que las inscripciones sepulcrales puedan contener y que se centran esencialmente en los donativos que efectuaron algunos de los fallecidos —tan notorios como para merecer su inclusión en la losa por la gratitud de los beneficiados—, y en las devociones especialísimas que sostenían hacia determinadas imágenes, dogmas o misterios. Acerca de las plegarias de los fieles trataremos más adelante.

El número de epitafios que deja constancia del interés del difunto por las obras pías es 5 (20,00%), 3 (20,00%) y 5 (41,67%) en cada uno de los cortes, 13 (25,00%) a lo largo de todo el siglo. Es obvio que entre personas vinculadas a la nobleza y el alto clero la proporción real debió ser mucho mayor a la señalada por las lápidas pero o bien su generosidad no fue tanta como cabía esperar de ellos o bien su humildad no dejó paso franco a alardes epigráficos post-mortem. Es difícil juzgar en este punto. Los sermones de honras parecen avalar más la segunda hipótesis aunque en lo tocante a vanidades la doctrina católica es decididamente puntillosa: nunca es posible saber dónde acaba el decoro debido a las personas y dónde empieza la obra del diablo.

El destino de las 19 donaciones recogidas en estos pocos epitafios es el que recogemos en el siguiente cuadro:

Cuadro 5
LA CARIDAD Y SUS POSTAS.

Adorno de templos	7 (36,84%)
Dádivas al culto	2 (10,53%)
Deja heredero a un templo/convento	2 (10,53%)
Dotación religiosas	1 (05,26%)
Animas Benditas Purgatorio	1 (05,26%)
Funda una cátedra de prima.....	1 (05,26%)
Dona su Biblioteca	2 (10,53%)
Deja herederos pobres	1 (05,26%)
Donaciones de Toribios	2 (10,53%)
Total	19 (100,00%)

No es que queramos dudar de la sinceridad de la fuente pero resulta sumamente curioso que once de los diecinueve casos reflejen una caridad centrada en el cuidado y exorno de los templos, lugares santos donde precisamente se encuentra la lápida. Da la impresión de que en estos casos, los redactores del epitafio, probables moradores de susodicho templo, han puesto tanto cuidado en honrar al difunto como en honrarse a sí mismos. La ecuación parece evidente: protégenos y te alabaremos el gusto. Independientemente de las dosis de gratitud sentida y verdadera que contengan semejantes halagos al fallecido no es fácil apartar de la mente la sombra del cumplimiento interesado.

Sí creo que merecen destacarse dos aspectos. De un lado —¿es el viento del siglo que penetra hasta lo más sagrado?—, el que se subraya en mármol la entrega de dos bibliotecas o la fundación de una cátedra. De otro, la presencia en el último período de las donaciones a los Niños Toribios, dato que casa notablemente con la tendencia expresada por los testamentos (10).

Las devociones que pueden rastrearse en los epitafios del XVIII merecen también algún breve comentario. El número de losas implicadas es de 6 (24,00%), 4 (26,67%) y 2 (16,67%), según sea el período escogido, arrojándose un total de 12 (23,07%) para el conjunto de la centuria. Importancia, pues, aún menor en cuanto al volumen que en el caso de los donativos aunque de la comparación de las cifras resulte conveniente destacar que mientras los porcentajes siguen un curso muy parecido en los dos primeros cortes (en torno al 25 por ciento), presentan un comportamiento claramente dispar en el último tercio del siglo. En tanto que la presencia de las obras de caridad cobra bastante más relieve, la alusión a las especiales preferencias religiosas del difunto disminuye.

Entre éstas, la figura de la Virgen destaca sobremanera, ya sea invocada a título genérico o bien en alguna de sus advocaciones, como se desprende de la pormenorización de las doce nominaciones que se distribuyen así:

Cuadro 6
LA EXPRESION DE LA FE

VIRGEN MARIA	7 (58,33%)
Virgen en general	3
Distintas imágenes de la Virgen	4
CRISTO	2 (16,67%)
Jesús Sacramentado	1
Santa Cruz	1
SANTOS	2 (16,67%)
Santas Justa y Rufina	1
Santo Tomás	1
ANIMAS BENDITAS PURGATORIO	1 (08,33%)
Total	12 (100,00%)

(10) RIVAS, José Ant.: *Miedo y piedad...*, op. cit. págs. 205-217.

No deja de ser significativo que en el ramillete de intercesores Cristo figure al mismo nivel que los santos, tan por debajo de la Virgen. La Diosa Madre siempre ha sido abogada por hiperbólica veneración, marianismo que fácilmente degenera hasta bordear la iconodulía. Las modestas cifras que manejamos así lo ponen de manifiesto, y más si reparamos en su evolución: las tres menciones genéricas de Nuestra Señora se concentran en el primer tercio de siglo, mientras los otros dos cortes hacen referencia sólo a determinadas advocaciones.

b3. *La concepción de la muerte*

En alguna ocasión, los epitafios dejan leer en sus renglones algo más que el simple «murió». Fruto quizá de esa intención didáctica de la que hablamos más arriba o consecuencia de la desesperación momentánea de los familiares, el acto de morir consigue, a veces, formar parte del mensaje del mármol. Podemos así acceder a una serie de calificativos referidos a la muerte que delatan el estado de ánimo de la sociedad respecto del hecho mismo del fallecimiento. Tópicos y eufemismos, si se quiere, pero no siempre aparecen y que, por ello mismo, adquieren un valor más allá de la anécdota.

En mi opinión no es irrelevante que mientras la muerte hace acto de presencia en seis epitafios en el primer tercio de siglo (24,00%), sólo visite dos (13,33%) en el tramo central y otros dos (16,67%) en tercio final del XVIII.

Y más significativo aún parece que, en la agrupación realizada de tales alusiones, la muerte como personaje (cruel, envidiosa) únicamente esté presente en las lápidas comprendidas entre 1700 y 1733. De forma análoga, la muerte sosegada, premio con que distingue Dios a los justos, tampoco aparece más que en estas losas del tramo inicial.

Cuadro 8

LA DESCRIPCION DE LA MUERTE.

	1700-1733	1734-1766	1767-1799
Muerte personaje	3	0	0
Muerte justos	2	0	0
Eufemismos	1	2	2

En cambio, la muerte travestida en el eufemismo (fue separado de los vivos, descansó en Dios, salió de esta vida, marchó con los elegidos, etc.) va ganando posiciones hasta representar el 100% de las alusiones espigadas entre los epitafios centro y finiseculares.

¿Son estos análisis producto del azar?, ¿debemos desecharlos por su anclaje microestadístico? Ambas objeciones contarían con mi apoyo más deci-

dido si partiesen de argumentos sensu contrario avalados por otras fuentes. Sin embargo, lo que parecen indicar los estudios generales sobre el siglo XVIII más apuntalan que derriban las tesis en favor de la corriente subterránea pero perseverante que socava con empuje las concepciones barrocas, alejando cada vez más a la muerte del centro de la vida.

En este sentido, lo que tímidamente ponen de manifiesto las alabanzas epigráficas no contradice sino que más bien confirma ese confinamiento actual de la muerte que tuvo su comienzo en la segunda mitad del setecientos. La delicada suavidad del rechazo, la sutilidad de la impulsación, nos remite, como en el caso de los testamentos, a cambios lentos y profundos de mentalidad que sería prolijo enumerar ahora y que apuntan a un rechazo inconsciente que mantiene todavía muchas de las fórmulas sociales barrocas.

b4. *Dentro del sepulcro*

El cuerpo como fuente de pecado. El sepulcro como manifestación verdadera de lo que somos. In ictu oculi. Temas que amenazan, recurrentes y plásticos como una pesadilla, a todo aquel que se acerca a los textos religiosos barrocos. Pero el cuerpo también paciente que aguarda el final de los tiempos. El cuerpo que merece los mayores preparativos para preservarlo de la corrupción. El cuerpo como manifestación de Dios, mágico trasunto que prueba la santidad del muerto, amuleto-reliquia que preserva contra la enfermedad y la muerte.

Mientras los sermones y las crónicas se detienen a pormenorizar penitencias, agonías, disposiciones testamentarias, preparativos del funeral, conservación y peritaje de cadáveres y restos, lucha a brazo partido por un mechón, por un diente, por un retal de mortaja, puja de concejales por el cordón del hábito de un fraile muerto en olor de santidad (11) y otras lindezas del mismo estilo, el cuerpo, la carne, libra una singular batalla por desprenderse de calificativos tales como polvo, despojos, gusanos, huesos, sombra, etc.

Es difícil pensar con serenidad en esta relación de atracción-repulsión que mantenían las gentes de aquel tiempo con su cuerpo, con el cuerpo de los otros, tan opuesta a la que hoy mantenemos. Sin embargo es preciso detenerse algo en este punto. ¿Qué uso hacen los epitafios, cuyo propósito didáctico se pone de relieve en más de una ocasión, del cuerpo? ¿Cómo lo presentan al caminante? ¿Es un recurso dramático para mover las conciencias, otro argumento del memento mori?

(11) En 1601, tras la muerte de fr. Juan Bernal, «El Correo Mayor de la Ciudad porque le diesen el cordón de S. Francisco que el bendito Varon traia ceñido costeó la Música, y toda la Cera que se puso en los Altares, y Túmulo, y la que se repartió en velas de á libra a las Comunidades». ARANA DE VARFLORA, F.: Op. cit., III, pág. 18.

La evolución que marcan las cifras sugiere un uso dispar entre los dos primeros y el último tercio del siglo, cronología que cabría afinar un poco más ya que la agrupación de los datos en tres períodos lleva, a veces, a tipificaciones un tanto groseras. En realidad, las palabras polvo y despojos aparecen por última vez en 1741, y la palabra sombra lo hace en 1738. Quizá habría, pues, que distinguir dos mitades más que tres tercios en lo tocante a la utilización de términos que calificaremos de más propiamente barrocos. La segunda mitad del siglo se inclinaría, en consecuencia, por la menor alusión al cuerpo y, cuando ésta se lleva a cabo, por la menor virulencia del lenguaje. Adiós a despojos, gusanos, polvo o sombra. Adiós al vértigo de la nada.

Cuadro 8
LAS ALUSIONES AL CUERPO

	1700-1733	1734-1766	1767-1799	Total siglo
Nº epitafios aluden ...	6 (25,00%)	7 (46,67%)	3 (23,07%)	16 (30,77%)
Nº alusiones por epitafio				
UNA	2	3	3	8
DOS	3	1	0	4
TRES	0	3	0	3
CINCO	1	0	0	1
Términos diferentes empleados	6	7	3	9
Nº Total de alusiones	*8 (100,00%)	14 (100,00%)	3 (100,00%)	25 (100,00%)
— Despojos	0	2 (14,29%)	0	2 (08,00%)
— Polvo	2 (25,00%)	2 (14,29%)	0	2 (08,00%)
— Cenizas	1 (12,50%)	3 (21,42%)	1 (33,33%)	5 (20,00%)
— Parte mort.	1 (12,50%)	0	0	1 (04,00%)
— Nada	*1 (12,50%)	2 (14,29%)	0	3 (12,00%)
— Huesos	0	3 (21,42%)	1 (33,33%)	4 (16,00%)
— Cuerpo	2 (25,00%)	1 (07,14%)	1 (33,33%)	4 (16,00%)
— Sombra	0	1 (07,14%)	0	1 (04,00%)
— Gusanos	1 (12,50%)	0	0	1 (04,00%)

N.B.: * Un epitafio alude por cinco veces a la nada; se ha contado, como una y no como cinco para no deformar los resultados.

Se prefiere ahora mencionar los huesos y las cenizas, vocablos más asépticos, literarios, confortables y burgueses que no recuerdan en absoluto la podredumbre o la miseria, ni evocan la presencia de espíritus del más allá que vayan irrumpiendo de forma molesta en la sociedad de los vivos.

c) *La visión del más allá*

Tras la muerte un doble proceso se abre, el cuerpo aguardará su resurrección hasta el Juicio Final mientras el alma se encara con un primer juicio que establece su lugar de espera: el Cielo, el Purgatorio o el Infierno. Verosímilmente pocos podrían gozar del Paraíso desde el instante de su muerte. Verosímilmente también pocos, aunque algunos más, sufrirían una condena sin apelación posible. Se inclina uno a creer que la misericordia divina permitirá aún una última prueba. ¿Qué objeto, si no, tendría el Purgatorio?, ¿qué sentido la comunión de los fieles?

El siguiente cuadro trata de penetrar en la concepción que los sevillanos del siglo XVIII pudieran tener acerca de ese tiempo que se sitúa fuera del tiempo, de esa doble espera, corporal y anímica, hasta el Dies Irae.

Cuadro 9
MAS ALLA DE LA MUERTE

	1700-1733	1734-1766	1767-1799	Total siglo
Descansa, duerme paz	4 (16,00%)	1 (06,67%)	1 (08,33%)	6 (11,54%)
Aguarda resurrección	2 (08,00%)	5 (33,33%)	—	7 (12,50%)
Interces. Virgen	1 (04,00%)	1 (06,67%)	—	2 (03,84%)
Confianza miser. div.	2 (08,00%)	1 (06,67%)	1 (08,33%)	4 (07,69%)
Ruega oraciones	4 (16,00%)	6 (40,00%)	1 (08,33%)	11 (21,15%)
Disfruta Paraíso	3 (12,00%)	4 (26,67%)	—	7 (12,50%)

Algunas matizaciones. Cuando nos referimos a las expresiones descansa en paz, aquí descansa, hacemos una diferenciación clara respecto del «descanse en paz». Es evidente que lo primero implica una creencia mientras que lo segundo expresa un deseo. No hemos pensado conveniente mezclar ambas situaciones, de ahí que se hayan analizado por separado. Parecida salvedad ha de entenderse en lo relativo a la confianza en la Virgen, en Cristo o en los santos; una cosa es manifestar la devoción por ellos, y otra considerarlos intercesores. Aunque a nivel profundo pueden muy bien identificarse fe y confianza he deseado tratar ambos capítulos por separado en aras de llevar a cabo un análisis formal más riguroso.

Efectuadas tales aclaraciones, y dando por descontadas las críticas que pudieran efectuarse en los dos apartados antes reseñados, resulta verdaderamente significativo el descenso hasta cero del número de epitafios que mencionan el cielo o el Paraíso, o la creencia en la Resurrección. Nada más lejos de mi intención el convenir que tales silencios sean elocuentes. Me parece descabellado imaginar siquiera por un momento que en el seno mismo de la alta administración eclesiástica pudieran encontrar un eco tan sorprendente la doctrinas impías de los libertinos del siglo. Sin embargo, no es posible

pasar de puntillas por este asunto. Es obvio que, sin afirmar nada, la desaparición de tales menciones quiere decir algo. En conexión con los otros aspectos abordados hasta ahora, concepción de la muerte, alusiones al cuerpo, o incluso el ruego de oraciones, cuyas cifras pueden seguirse en este mismo cuadro 9, los datos acerca del más allá sugieren que, en conjunto, la expresión de las creencias profundas son menos evidenciadas. Sea porque tales manifestaciones huelgan, sea porque la fe se ha conmovido, los indicios apuntan a un cambio de sensibilidad colectiva que afecta a toda la sociedad, llegando la marea a salpicar a los altos dignatarios de la Iglesia.

4. LA ALABANZA FUNEBRE COMO CHRONICA VITAE

Una de las características que se imputan a la Edad Moderna y, en especial, al siglo XVIII es el avance del individualismo. El individuo que, sobre todo en la Edad Media, sólo «es» en la medida en que «pertenece a», se abre paso a empellones, buscando desde el Renacimiento el triunfo, la gloria. El famoso «self mademan» americano tiene su origen en el mercader que, arrastrando las dificultades, consigue hacerse un lugar al sol.

La célebre anécdota según la cual Veuillot, polemista y católico ultraconservador del siglo pasado, harto de escuchar a alguien que se vanagloriaba de sus antepasados le responde: «Yo asciendo de una familia de humildes campesinos, ¿de quién desciende usted?», es ilustrativa de un estado de opinión que fue forjándose infatigable e ininterrumpidamente hasta la derrota completa de la caballería.

Ya advertíamos, sin embargo, al principio, que la sociedad sevillana no destaca precisamente por su permeabilidad ni por su movilidad. Era interesante, pues, echar un vistazo a los epitafios para observar la penetración de los rayos biográficos de los textos de las lápidas.

a) *Al servicio de Dios y de los hombres*

Una de las informaciones que con mayor insistencia se repite en los epitafios es la del cargo que desempeñaba el fallecido. No es necesario que insistamos en la estructuración corporativa de las sociedades del A. Régimen. Lo destacable debía ser, por tanto, no la mención del puesto de responsabilidad que ocupaban sino la relación de los distintos encargos que habían desempeñado a lo largo de su vida. En la medida en que la información aboga por una especie de escalera que el difunto recorre por sus cualidades, el mensaje transmitido es doble: de un lado queda de manifiesto el indudable mérito del muerto; de otro, la imagen de que la vida es esfuerzo de superación que logra frutos.

Pues bien, el número de epitafios que explicita el *cursum honorum* del difunto es de 4(16,00%) en el primer tercio, 3(20,00%) en el tramo central,

y 3 (25,00%) en el tercio finisecular. A primera vista, la impresión que causan los datos es la de una progresiva mayor presencia de estos rasgos biográficos en las lápidas. Sin embargo, hay ocasiones en que, a pesar de que el *cursum honorum* no se establece al completo, se añaden a la mera nominación del cargo último, otras informaciones acerca de oficios anteriormente desempeñados o bien sobre los años en que se ha desempeñado el principal. Añadiendo a los primeros epitafios éstos menos minuciosos, el resultado es algo distinto: 9 (36,00%), 7 (46,67%) y 4 (33,33%), respectivamente. Dicho de otro modo, los probables avances del individualismo dentro de grupos corporativos muy cerrados (alto clero) más que perfilarse en contornos nítidos sugieren la técnica del «sfumato» leonardesco y, sobre todo, la inevitable prudencia con que debemos acoger estas aproximaciones.

b) *El relato de las enfermedades*

Dentro del epitafio la alusión a la enfermedad o a las enfermedades que padeció el difunto antes de su muerte cumple un claro objetivo, dramatizar a ojos del lector uno de los valores que el catolicismo del momento se propone propagar: la serenidad y la preparación ante el último acto. Pero también, la descripción de los males individualiza a quien los padece: no todos mueren por la misma causa. En este sentido, el corazón cobra un gran valor simbólico. Sabemos por Matute que «luego que falleció (el Cardenal Solís. 1776)... fue embalsamado el cadáver; y su corazón, puesto así preparado en una arquita, se condujo al convento de religiosas Capuchinas en conformidad de lo que el eminentísimo prelado había dispuesto en su testamento, para que descansase entre sus amadas hijas» (12). El corazón como símbolo de amor sigue gozando hoy día de prestigio aunque no parece que tales disposiciones testamentarias permanezcan vigentes.

Debe entenderse que no se trata sólo de amor humano. El padecimiento de corazón suele interpretarse también como un signo de favor divino. En el sermón de honras de la Venerable Magdalena de la Cruz, negra de nación (pieza de lectura recomendable por lo gerundiana), el M.R.P. Fr. Pedro de Contreras llega a decir: «En el (amor) de la Divina Magestad fue un Ethna su amoroso corazón. Siempre que hacía la Novena de San Felipe Neri, eran con más exceso los bolcanes. El corazón se inflamaba, se le eleva el lado con tan ardientes centellas, que llegaron a romperle las costillas, perseverándole lo agudo de el dolor hasta la misma hora de morir. Siendo en este punto las llamas tan voraces, parece que a el explicarse le faltaban voces y solía prorrumpir: Aquel mar, aquel mar» (13). Zote pero poeta.

(12) MATUTE, Justino: *Anales...*, op. cit., II, pág. 280.

(13) CONTRERAS, Fr. Pedro de: *Sermón fúnebre en las honras de la V. Magdalena de la Cruz...* Sevilla, 1735, pág. 11.

Sigamos con el prestigio del corazón. Cuatro veces se plantea el hecho mismo de la enfermedad en el conjunto de los 52 epitafios, dos en el primer corte y otras dos en el segundo, desapareciendo toda alusión en el tercero. Sin embargo, sólo una específica realmente el padecimiento, mientras el resto habla simplemente de las aspereza de la enfermedad o de la paciencia santa del enfermo. Este diagnóstico único, redactado además en latín, pertenece al canónigo y obispo de Guadix Don Andrés de Licht y Barrera, fallecido en 1751. Matute traduce, usando de la terminología médica del momento, «palpitación interna del corazón» (14).

Cuatro indicaciones (7,69%) en todo un siglo y concentradas en los dos primeros tercios no parecen síntoma de avance del individualismo sino más bien de lo contrario. Los epitafios de Vovelle se mueven en unos porcentajes ascendentes de los que no encontramos paralelismo aquí. Tal vez en las sociedades cerradas, la muerte, en cuanto que igualadora de estamentos, interesa más que la enfermedad, personal y diferenciadora. O quizá las sociedades católicas y tradicionales sufren de modo más fatalista todos estos aspectos, en la medida en que solían ser interpretados más a la luz de la religión que de la ciencia.

c) *EL retrato físico. La expresión de dolor*

Signo aún más definitorio y definitivo de la rebeldía ante la muerte es la aparición en el epitafio de datos identificadores del difunto desde el punto de vista de su fisonomía. Ello revelaría, en parte, la expresión de dolor de los familiares o la institución ante la pérdida, al tiempo que se ponen de manifiesto los rasgos más auténtica y socialmente reconocibles del fallecido, aquellos que están menos sujetos a la interpretación por ser evidentes e intrasferibles.

Pues bien, ni un solo epitafio permite reconocer al morador de la tumba. Nada acerca de su complexión, estatura, fortaleza, belleza, color de su pelo o de su piel, defectos físicos, etc. Únicamente el epitafio del deán don Juan Domonte y Eraso, muerto en 1708, contiene la expresión «de temprana edad». Es significativo que sea también esta misma lápida de las pocas que da el tiempo exacto de vida del titular en años, meses y días y la que exclusivamente deja constancia del dolor producido por la muerte. La frase dice: «Su padre que le sobrevivió, dolorido por la inevitable pérdida de su penitentísimo hijo, le puso esta memoria» (15). Lugar común en cuanto a su redacción, su singularidad no nos ha permitido despacharla tan sencillamente.

(14) MATUTE, Justino: *Anales...*, op. cit. II, págs. 101-102.

(15) MATUTE, Justino: *Ibidem*, I, págs. 167-201.

d) *¿Dechado de virtudes?*

No dudo en considerar el capítulo más esencial del estudio de los epitafios el que se esfuerza por preguntar al mármol acerca de las cualidades del difunto. FERIA de vanidades, las alabanzas fúnebres dan ocasión de penetrar en los valores más comúnmente aceptados por la sociedad del momento. En la hora del balance y del resumen apresurado es preciso recoger y escoger bien qué merece decirse de quien ya nada puede decir, qué justificación argumentar ante el resto de la sociedad para concederle unos honores de los que la mayoría de la sociedad no gozará. En otras palabras, el epitafio debe acallar unas conciencias al tiempo que mueve a otras a la imitación del modelo propuesto. De ahí nace su radical importancia en el estudio de las mentalidades. Al lado de la escuela de la mortalidad transcurre la universidad de la vida y de esa imbricación y contacto debemos extraer algunas conclusiones.

Lo primero a establecer es la terminología. Virtudes religiosas, virtudes morales, virtudes sociales, virtudes cívicas, virtudes intelectuales: he aquí el abanico usado por Vovelle para clasificar las cualidades reflejadas en el lenguaje de los epitafios. Naturalmente surgen las preguntas: ¿es la justicia una virtud religiosa, moral, cívica o social?, ¿es el patriotismo una virtud cívica o política?, ¿donde encuadrar la prudencia en las virtudes morales, en las cívicas o se trata de una cualidad política?, ¿debe traducirse cívico por político? Difícil tarea la de precisar los territorios de la virtud. Más aún en las sociedades modernas en las que lo público y lo privado, lo civil y lo criminal, lo laico y lo religioso, el poder del Estado y el poder de la Iglesia, los derechos y los privilegios, andan en promiscuidad, forjando una enrevesada maraña de preceptos sancionados por el uso y el tiempo. Todo ello, sin embargo, no estorba a nuestro deseo de clarificar y clasificar de algún modo los más de cincuenta conceptos que a lo largo de los renglones los panegiristas se han esforzado en transmitir a la posteridad.

Procedamos a las definiciones. Por virtudes religiosas he entendido todas aquellas que, producto de la bondad divina (fe, gracia...) o del esfuerzo individual (religiosidad), revierten esencialmente en el que las practica. Llamo virtudes morales a las que, independientemente de la intención con que se lleven a cabo, benefician además de al practicante a los otros, es decir, tienen una dimensión social. Denomino, por último, virtudes políticas a las cualidades que contribuyen al correcto funcionamiento de la comunidad o a su mejora. Interesa aquí no el bien inmediato de los otros sino el bien común, expresión caída, por cierto, en desuso.

El siguiente cuadro agrupa de forma bastante pormenorizada el número absoluto de nominaciones que reciben las diferentes cualidades, indicándose además el teórico promedio de menciones por epitafio de los cinco bloques temáticos. He preferido este procedimiento al de los porcentajes. Por una

razón bien simple. En ocasiones, dentro de un mismo epitafio se habla de caridad en general, de caridad referida a la Iglesia o de caridad hecha a los pobres. Esto mismo puede decirse de otras virtudes. Creo que refleja mejor la importancia de ciertas cualidades el conteo de todas sus apariciones que su pura y simple porcentuación, método quizá más grato para el lector pero menos riguroso, a mi juicio.

Se concede a la caridad categoría de grupo aparte por las razones arriba expresadas, amén de su difícil ubicación ya que participa tanto de lo religioso, como de lo moral, lo social o lo político.

La tabulación de los datos y su exposición ordenada en columnas no puede escamotearnos la sensación de cataclismo. El epitafio deja de ser colofón y memoria para convertirse en simple indicación de emplazamiento. ¿Estamos ante otra manifestación del deseo de olvido? ¿Es ésta otra prueba de que la sociedad del siglo XVIII decidió dar la espalda a la muerte y todo cuanto pudiera recordarla? Desde luego, las cifras no dejan mucho espacio a la duda. La lectura más simple de las mismas indica que mientras a principios de siglo podemos encontrar un promedio de 4,36 virtudes enumeradas en cada losa, a mediados del siglo sólo se relacionan 3,53 y, consumación del descabro, en el último tercio la proporción desciende hasta 1,67. Descenso irreversible que recuerda mucho al experimentado por las misas en los testamentos (16).

Las virtudes religiosas ocupan durante todo el siglo un lugar de privilegio. Claro está que siendo los destinatarios de las lápidas personajes absolutamente vinculados con el alto clero no podía ser de otra forma. Sin embargo, aún éstas no resisten el impulso negativo. La santidad o ejemplaridad tanto como la religiosidad adquieren visos de tópico. El carácter abstracto de su redacción resulta cómodo y poco comprometedor para quien escribe el epitafio. Junto a ellas, la fe y la preparación para la muerte (puso esta losa en vida, hizo el epitafio, realizó testamento, etc.) son las únicas que sobreviven en los tres cortes, aunque las cifras son insignificantes. Al lado de estas generalidades, la castidad y la paciencia, en niveles mucho menores, están presentes en los dos tercios del siglo, esfumándose en el último. Finalmente, sólo se localizan en los epitafios del primer tercio la esperanza, la gracia, la abstinencia o la vida contemplativa.

En resumen por lo que se refiere a las virtudes religiosas del modelo de principios de siglo, rico en diferenciaciones, sólo subsisten los lugares comunes.

(16) RIVAS, José Antonio: Op. cit., pág. 167-201.

Cuadro 10
ESPEJO DE CRISTIANOS

	1700-1733	1734-1766	1767-1799	Total siglo
VIRTUDES RELIGIOSAS	38 (1,52)	18 (1,20)	7 (0,58)	62 (1,19)
— Fe, devoción	6	2	1	9
— Esperanza, confianza	1	0	0	1
— Fortaleza, gracia	3	0	0	3
— Piedad, religiosidad	8	3	1	12
— Austeridad, Abstinencia	2	0	0	2
— Oración, contemplación	4	0	0	4
— Pureza, castidad	2	1	0	3
— Paciencia	2	2	0	4
— Preparación muerte	6	1	1	8
— Santidad, ejemplo	4	8	4	16
— Predicación	0	1	0	1
VIRTUDES MORALES	30 (1,20)	17 (1,13)	3 (0,25)	50(0,96)
— Equidad, justicia	1	2	0	3
— Prudencia	1	4	0	5
— Afabilidad	6	0	1	7
— Humildad, modestia	7	8	0	15
— Celos, constancia	6	1	2	9
— Limpieza, corazón	3	0	0	3
— Bondad, misericordia	4	2	0	6
— Desinterés	1	0	0	1
— Veneración sacerdot.	1	0	0	1
LA CARIDAD	15 (0,60)	6 (0,40)	4 (0,33)	25 (0,48)
— Genérica	6	6	2	14
— Con la Iglesia	2	0	1	3
— Con los pobres	7	0	1	8
VIRTUDES POLITICAS	19 (0,76)	10 (0,67)	2 (0,17)	31 (0,60)
— Compañerismo	1	0	0	1
— Integridad, honestidad	4	2	0	6
— Observante reglas	1	0	0	1
— Obediente, disciplinado	2	1	0	3
— Consejo prudente	1	0	0	1
— Gobern. pastor	3	3	2	8
— Nobleza	2	1	0	3
— Fidelidad	1	0	0	1
— Defensor Cabildo	2	0	0	2
— Defensor Iglesia	1	0	0	1
— Amante paz	1	0	0	1
— Patriota, héroe	0	3	0	3
VIRTUDES INTELECT.	7 (0,28)	2 (0,13)	4 (0,33)	13 (0,25)
— Erudición, sabiduría	6	1	4	11
— Capacidad, madurez . .	1	1	0	2

Las cualidades morales sufren un descalabro aún mayor. La limpieza de corazón, el desinterés, la bondad, la afabilidad, la humildad y el cumplimiento de las obligaciones del oficio quedan reducidos, a mediados de siglo, a estos dos últimos aspectos. Y en el tercer corte a la pura y simple laboriosidad, único rasgo presente en toda la centuria. Da la impresión de que el esfuerzo de la Iglesia, encaminado a conseguir un clero más celoso de su trabajo y más sujeto a las directrices políticas del momento rindió frutos. Menos brillantes y singulares, más obedientes, trabajadores y ejemplares. Más atentos a los oficios de coro y altar, más reformados, para dar menor pábulo a las críticas ilustradas. Menos iluminados y contemplativos y más eficaces y útiles a la comunidad: esa parece haber sido la consigna. Consigna que implicaba también una mayor contención en los comportamientos, una tendencia a refrenar el fasto, una condena más explícita de las vanidades y una dosis reduplicada de autocritica que llevó, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo a prohibir los sermones de honras por los prebendados en la Catedral o a idear una reducción drástica de las fundaciones post-mortem tales como los aniversarios y misas perpetuas (17).

El ejercicio de la caridad se ve igualmente afectado por la evolución de las cifras. Naturalmente, la tendencia negativa de los datos no tiene por qué reflejar de manera automática un cambio en los comportamientos sociales de la minoría privilegiada de la población. Sin embargo, quizá debe admitirse que su práctica empieza a dejara de ser un valor tan elogiabile como para incluirlo en el curriculum virtuoso del difunto. Es posible que se dé por supuesto que el clero debe ser caritativo y que, por tanto, el desprendimiento y la pobreza lejos de ser un mérito no representa más que el cumplimiento de una obligación. En este sentido, la limosna a los pobres pierde buena parte de su vínculo con la liturgia de la salvación para convertirse en un mal remedio de las carencias sociales. El análisis de los testamentos parece indicar las mismas conclusiones (18). Y en algunos sermones, como el pronunciado en las honras del arzobispo Llanes, el 28 de marzo de 1795, es posible encontrar estas palabras referidas al tema, que reproduzco por parecerme sintomáticas de cuanto llevamos dicho: «Qué sé yo si el siglo censor de la vida Episcopal, que no tiene por Obispo desinteresado y caritativo sino al que dá á los pobres la camisa que viste, y la cama que duerme, manchará la memoria venerable de nuestro Prelado difunto con la nota de codicioso. El siglo en que vivimos es el menos caritativo para con el honor del próximo quando en medio de su luxu destruidor declama á todas horas porque se socorran

(17) «Informe y Plan de Conmutación de memorias, y aniversarios; reducción de misas, y unión de capellanías de esta Santa Patriarcal Iglesia de Sevilla, y Decreto de Aprobación en forma del Excmo. Sr. Arzobispo, en uso de sus facultades ordinarias, y las delegadas del Papa». Sevilla, 1794.

(18) Vid. nota 11.

las necesidades de los pobres» (19). Así que un obispo que gasta más de sesenta mil pesos en el enlosado de la Catedral, contribuye a la reparación y decoro de varios templos y distribuye en su mandato más de siete millones de reales entre los pobres necesita ser defendido de la acusación de codicioso. Bien es cierto que a su muerte dejó diez millones de reales pero ¿no resulta significativo que el orador se vea impedido a reivindicar el buen nombre del difunto en medio de tan abrumadoras pruebas de su inocencia? Plan-teado en otros términos, ¿hubiese necesitado el predicador de semejante recurso dialéctico a principios del siglo XVIII?

Las virtudes cívicas o políticas son mucho menos mencionadas en los epitafios que las religiosas o morales. De cualquier modo, también ellas denotan esa evolución negativa que preside la evolución de todos los grupos. Es verdad que el primer tercio de siglo ofrece mejores ocasiones para el elogio de las cualidades políticas por cuanto la Guerra de Sucesión obligó a definirse y la visita de Felipe V a la ciudad suscitaba la ocasión de ser fieles vasallos, gratos al Rey y a la República. Pero ello no justifica que el verdadero crac se produzca, como en las otras variables vistas hasta ahora, en la parte final del setecientos. Sin duda, el recorte definitivo de la parte laudatoria de los epitafios afectó a este tipo de virtudes como a las otras. A lo que tal vez podría añadirse que el especial momento político de la coyuntura finisecular no coadyuvaba a mayores pronunciamientos. En ocasiones, el silencio es más ruidoso que las palabras.

Para concluir es preciso destacar el dubitativo comportamiento de las cualidades intelectuales. Trayectoria incierta pero al alza que contrasta, por su excepcionalidad, con el resto del retrato moral que trazamos. La presencia de la erudición y el estudio como valor es, a mi juicio, un logro que posiblemente debamos anotar tanto al avance del individualismo como a la política reformista del Estado y, en menor medida, de la Iglesia. La cultura como luz que destierra supercherías y supersticiones, la razón como instrumento de análisis, la ciencia como palanca de la tecnología, todo parece haberse conjuntado con personalidades excepcionales como la de Feijoo, sin salirnos de la propia Iglesia, para que la sociedad adquiriera otra conciencia de lo que significa el saber. Una conciencia que, aunque varada todavía en la imagen del erudito, da pequeños y costosos pasos en direcciones más fructíferas.

5. EL INDIVIDUO Y EL GRUPO

Ya comentábamos al principio que la sociedad sevillana se ha caracterizado, sobre todo en la Edad Moderna, por su escasa sensibilidad hacia el entramado social. Dominada por la aristocracia de la sangre y orgullosa de ello en buena medida, la nobleza ha podido gozar de todo el poder político

(19) RAMIREZ, Fr. Joseph: *Sermón fúnebre del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Alonso Marcos de Llanes...* Sevilla, 1795, pág. 50.

durante siglos. La pertenencia al estamento nobiliario de la mayoría de los titulares de nuestros epitafios da lugar a que en algunos de ellos se deje expresa y expresiva constancia de la situación. Constituye una de las denominadas afirmaciones del grupo. La alusión a la nobleza de sus apellidos o el cincelado del título que se detenta aparece en 6 epitafios (24,00%) entre 1700 y 1733, otros 6 (40,00%) en el segundo período, y sólo 1 (8,33%) entre 1767 y 1799. La aparición, de nuevo, de la famosa curva en pico obliga a argumentos ya esgrimidos. Mientras el epitafio permanece en los niveles del A. Régimen la glosa al difunto es mayor y los símbolos de identificación social más acusados —conviene recordar ahora cómo, además de los apellidos y los títulos, muchas losas son adornadas con los escudos heráldicos—.

La solidaridad del grupo se refleja también de otro modo en las lápidas. Me refiero a la cláusula de cierre de algunas que alude al donante de la losa. El Cabildo, movido de alguna obligación con el difunto, el convento, agradecido por sus donaciones, o sus afectos y admiradores dejan constancia de esta gratitud o devoción en diversas fórmulas que no viene al caso pormenorizar. En concreto, tales dedicatorias afectan a 5 epitafios (20,00%) en el período inicial, 2 (13,33%) en el central y otros dos (16,67%) en el final.

Más interesantes son los epitafios en los que de alguna manera se plasma el sentimiento familiar. Incluyo en esta apreciación tanto a las bóvedas conjuntas como a las que, sin serlo, contienen fórmulas de dedicación en las que se pone de manifiesto el dolor o el amor de algún miembro de la familia. En el bloque de 1700-1733 contamos con una losa que cubre a dos hermanos y otra, ya aludida, que expresa el drama de un padre ante la pérdida de su hijo. El período 1734-1766 ofrece los siguientes ejemplos: dos epitafios (tío-sobrino/hermano-hermana) en los que además consta la voluntad de ser enterrados juntos y uno individual que costean los hermanos del muerto «en signo de amor». La tumba que contiene los restos de tío y sobrino declara tajantemente y en el encabezamiento del texto: «A los que unió la sangre ni la muerte debe separar». Finalmente, el tramo 1767-1799, presenta únicamente un epitafio conjunto (madre-hijo) que nada trasluce de sentimientos.

Es probable que el vaciado de contenido que sufren las alabanzas fúnebres en la segunda mitad del siglo afecte de manera decisiva a todos estos aspectos estamentales, corporativos y familiares. El camino hacia el abandono del epitafio barroco ha podido ocultarnos extremos que, por otras fuentes, parecen confirmados. Habría que unir a esto el previsible aumento de los valores individuales sobre los corporativos. Y, por último, no debemos olvidar que el segmento de población sobre el que trabajamos no se caracteriza precisamente por sus obligaciones familiares. No puede considerarse del mismo modo a un hijo o a una esposa que a un tío o un hermano. Cabe, por tanto, dentro de lo posible, que en virtud de su oficio los vínculos familiares sean más relajados que en el resto de la sociedad. Sin embargo, el análisis

de las mandas y legados de los testamentos de la burguesía comercial (20) parece confirmar este extremo del relieve que tíos y hermanos poseen en el entramado celular de la familia, obligándonos a no circunscribirlo por entero a los estamentos privilegiados.

Deseo concluir llevando a cabo algunas reflexiones. Antes que nada, la advertencia de que el grupo social estudiado es minoritario. Los comentarios efectuados no deben, pues, admitirse más que como referidos esencialmente a los altos cargos de la administración eclesiástica o, en sentido más amplio, a los estamentos privilegiados de la sociedad. Sólo partiendo de este supuesto pueden tomarse en consideración las siguientes observaciones.

Sobre todo parece ponerse en evidencia un abandono progresivo del epitafio barroco, corolario imprescindible en los ritos mortuorios de los notables. Rastros de la aseveración pueden encontrarse en la menor extensión de los textos, en la penetración del castellano y en la topificación de su estructura. En segundo lugar, las alabanzas fúnebres pierden capacidad de motivación, no pretenden constituirse en escuela de la mortalidad y, de ello, se deriva una menor virulencia en el lenguaje y un tono más objetivo y desapasionado en el estilo narrativo, desapareciendo paulatinamente la invocación al caminante. En tercer lugar, todo lo relacionado con el más allá, el misterio de la resurrección o la concepción de la muerte queda arrinconado. Finalmente, la enumeración de las virtudes del difunto, verdadero modelo que se propone al cuerpo social, y característica clave de las losas «parlanchinas» barrocas, queda sustituida por la relación de dos o tres cualidades abstractas y adocenadas cuando no es escamoteada por completo. De la solidaridad corporativa o familiar poco hay que anotar salvo que a finales de siglo brilla por su ausencia.

En mi opinión muy particular y a modo de resumen, los epitafios al igual que los testamentos traducen, con su silencio, el cambio de mentalidad ante la muerte que se desarrolla a lo largo del siglo XVIII. Las disposiciones religiosas de las declaraciones de última voluntad, manifestación «individual» de este cambio, se complementan, en su obstinada discreción, con el prudente discurrir de los epitafios finiseculares, elocuente signo «social» de dicha transformación.

José Antonio RIVAS ALVAREZ

(20) RIVAS, José Antonio: «Relaciones y conductas familiares en los comerciantes sevillanos del XVIII a través de las declaraciones testamentarias», comunicación inédita al Coloquio Nacional: «La burguesía de negocios en la Andalucía de la Ilustración». Cádiz, 1988.